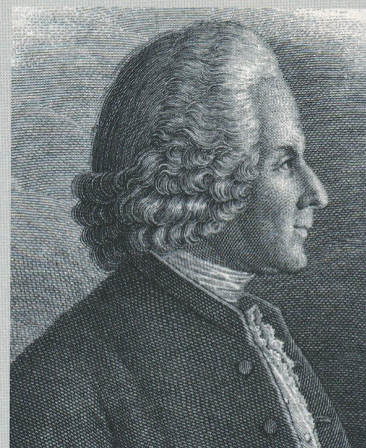
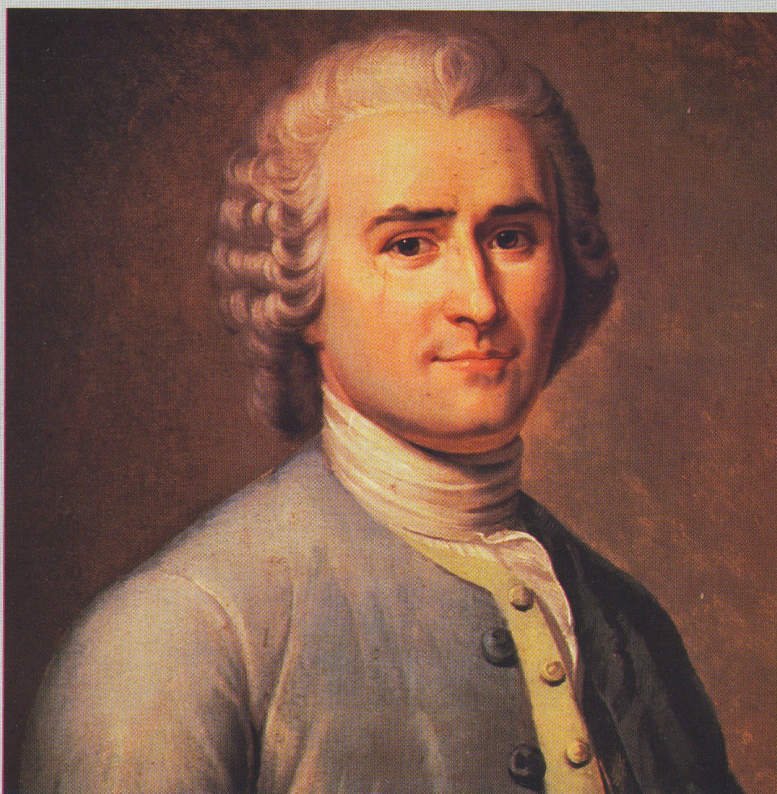


Rousseau: O LA SENSIBILIDAD HERIDA

Jean-Jacques Rousseau: una vida, un hombre y una obra. Las tres dimensiones se mezclan y se repelen de manera inextricable. ¿Es el mismo hombre el que escribe el *Contrato social* y el que enseña provocativamente sus posaderas a las jovencitas cuando es adolescente? ¿Cómo un varón tan atraído por las mujeres puede sentir una atracción tan excluyente por sus amigos? ¿Qué tienen en común el teórico del buen salvaje y el cuidadoso pedagogo del *Emilio* con el padre desaprensivo que abandona a sus hijos sin llegar nunca a conocerlos? Todas estas preguntas se reducen, en último término, a una sola: ¿por qué ese destino suyo, el de su vida, el de su obra? a mezcla de triunfos y ofensas en lo público le lleva a una soledad, manía persecutoria, en lo privado. El recorrido vital del ginebrino parece así marcado por la culpa y la defensa de su inocencia.



Retrato de Jean-Jacques Rousseau en su etapa de madurez realizado por Lacretelle.



Culpa, la conciencia de sentir que su nacimiento supone la muerte de su madre; culpa, la de encontrar su plaza como amante-ahijado de madame de Warens, a la vuelta de un viaje, ocupada por otro hombre; culpa, la de verse acusado públicamente por Voltaire de mal padre, cruel y lascivo. Esta acusación será la chispa que alumbrará el proyecto de escribir unas *Confesiones*, llevado a cabo durante la década de 1760, en las que poder mostrarse de la manera más veraz y sincera. La defensa de su inocencia va

unida, de esta manera, a un largo proceso de expiación a través de la escritura. Rousseau, de una sensibilidad exacerbada e hiriente, se desdobra en los *Diálogos* para reintegrar los diferentes "yos" escindidos, y su obra se convierte en un acto de autocomprensión continuado. Pero, ¿todo se reduce en Rousseau a un juicio, a un autojuicio, sea real o imaginario? ¿No es acaso más decisivo, incluso, el itinerario que traza al margen de ese dispositivo? La primera parte de las *Confesiones*, mucho más que la segunda, es una escritura que sale a borbotones,

rica y espontánea, ritmada por la musicalidad de una vida, llena de sobresaltos y de revelaciones, tramada por una fina sensibilidad. En contraste con el segundo libro, el yo que dice, desde el primer momento, no ser como los demás hombres, es un yo menos ocupado en revelar supuestas mezquindades de sus amigos (como cuando saca a la luz cartas suyas, denunciándose sin quererlo), o supuestas conspiraciones de sus enemigos, que en retratar, con una matizada paleta, una vida fluyente, acrisolada, que es más un mundo-Rousseau o un acontecer-Rousseau que un simple retrato de un yo encerrado en sí mismo. Lejos se está así del lugar común de la interioridad. La vida corre de este modo acotada entre una sensibilidad descarnada o cruda, cerca en ocasiones del asco, y una sensibilidad chispeante, próxima del más intenso y humorístico saber y dejarse vivir. Lo que cuenta, desde esta perspectiva, no es la dualidad inocencia-culpa ni la polaridad privacidad-publicidad, sino el despliegue de una sensibilidad en busca de una verdad desperdigada y, sin embargo, tenaz e hiriente. Lo decisivo es que esta verdad no puede ser exclusivamente filosófica ni tampoco psicológica. Lo que de veras cuenta es que ella corre alegre y despiadadamente por los márgenes de la vida y de su obra.

Indomable y afeminado

Pero, ¿qué juega en todo esto la homosexualidad? Rousseau se describirá en sus *Confesiones* como un hombre de carácter afeminado y al mismo tiempo indomable. Poco hablador y tímido ante las